

## COMENTARIO DE

Enrique Israel RUIZ ALBARRÁN 2021 “La ecología política en Enrique Leff: una lectura con la izquierda lacaniana.” *Desenvolvimento e Meio Ambiente*, N° 58: 733-754, Universidade Federal do Paraná, Curitiba, julho-dezembro 2021.

José Luis Grosso

Dicho en breve, cuestiono los diversos pliegues de esta presunción:

“el otro que no habla porque la physis no lo necesita” (752).

Lo breve no me deja explayar los pliegues, cosa que tampoco se hará demoradamente en lo extenso. Pero tal vez la demora llegue a su tiempo.

Dicho más en extenso:

En la fractura/diferencia *real/simbólico* (lo “incurable del sujeto”) aparece subrepticia/constitutiva-mente sesgado un pensar “humano” que cercena/obtura toda estancia en *comunidad territorial*, que nunca la puede abarcar, en absoluto y por extenso que se lo quiera, un “colectivo humano”. Esto pienso que es lo primero a cuestionarse en la lectura de Lacan. Lo cual se renueva en una ecología (crítica; pero vieja para mí en aquellos tus primeros escritos; ya no siento que pienses así) que vuelve a separar biológico/simbólico sobre la matriz naturaleza/cultura: la “diferencia ontológica que se da entre seres de lenguaje y lo real de la physis” (p. 739), en lo que hay una *sostenida reificación de la identificación naturaleza-biología*, para la cual la “naturaleza” carece absolutamente de lo *simbólico*. Así se entiende que, para Lacan, “lo real” esté siempre por fuera de “lo simbólico”, como un agujero o faltante. *Nunca será posible, así, pensar una comunidad territorial inhumana que entrame lo apenas-humano en sus refracciones siempre excesivas, desbordadas, desbarrancadas, barrosas, implicantes, participantes, composicionales, metamórficas, desde siempre más acá (y más acá, incluso y precisamente, de toda “fenomenología”).*

El “*significante*” es el enclave de *antropomorfización de lo “simbólico”*, el giro antrópico que se lo *apropia* y lo *invierte*; en el “*significante*” aparece el *fantasma del sujeto* (una manera del decir que “*el sujeto es un efecto de(l) signicante*”). Es una declarada resistencia a Heidegger, es el primado de lo “*intelectual*” y su metafísica (sea que el signo refiera “*afuera*” o no). Tal vez en ello se evidencia el rasgo “*estructuralista*”. Allí lo “*simbólico*” dice (se reduce a) “*signo*”, pero queda por fuera la trama simbólica de lo sensible del sentido, que es la de la comunidad territorial. Aquella textura que bordeara Heidegger señalando un “*pensar poético*” constitutivo, aunque sin soltar el (hilo occidental del) *Ser*, que se da y se retira, abierto o tachado. El *Ser* heideggeriano sigue también la tradición *intelectual* de Occidente y su metafísica, es el *sumum* minimalista del *logoc/d-entrismo*; pero se ha arriesgado más, ha andado largos ratos por otros senderos, y también ha perforado el agujero del Sujeto, le ha quitado su primacía, su lugar de enunciación, se ha adentrado en su “*negativo*”: no es el agujero/faltante de “*lo real*” en el Sujeto, sino que el faltante ha quedado del lado del Sujeto, agujereado: el faltante es el Sujeto para toda la *sonoridad del canto* que hay que *escuchar* (aún aquí, en el discurso de Heidegger, en la reducción segmentada y la apropiación sensible del “*oír*”).

*Las comunidades territoriales no constituyen “imaginarios sociales” (741) otros, porque no sólo no hace-sentido en esas otras maneras de estar la división sociedad-cultura/naturaleza, sino que no hay separación antrópica (y, por tanto, no es el humano el que habla, simboliza, hace-sentido; y la lengua, gesto, sentido no es “humano”; no es que haya “continuidad physis-lógos”, sino que hay otras lenguas de sentidos en la comunidad territorial –una “physis” pre-socrática, no antrópica). Si a los “hallazgos etnográficos” los entiende la Antropo-logía o la Etno-logía a modo de “imaginarios sociales”, ya está colonizando en el territorio de sus ojos, desde su mera mirada. Entonces sí puede sostenerse la “diferencia ontológica” entre “imaginario social” y “paradoja lógica” (siendo la tal “paradoja” un juego ilusorio de la división naturaleza/cultura desde el meta-terreno simbólico: el de la “palabra” del “sujeto”, en el filo “ontológico” entre “lo simbólico” y “lo real”) (740). Pero es una petición de principio no considerar esta “paradoja” un “imaginario” más: esa comprensión de la “palabra” y de lo “simbólico” ya parte de la separación antrópica de un “sujeto del habla”. En este sentido, tanto los “imaginarios sociales” de la Antropo-logía objetivista (que lo es del Lógos), como la “paradoja lógica” en cuanto verdad de lo “real ontológico”, son, ambos, “imaginarios sociales” de Occidente. No estamos condenados a la comprensión en el sentido de lengua que ha instituido Occidente: esta es tal vez la violencia simbólica más oculta de la*

*violencia epistémica que nos coloniza*. Es lo que aprendo de Deleuze-Guattari y de Driddá y de Kusch y de Guaman Poma y de tantos otros que no son “autores” (ni humanos).

La *comunidad territorial* no tiene ese *monologismo monoteísta* que hace el *chantaje occidental* de la diferencia entre una “ontogénesis” de lo “Uno” en la fusión de “lenguaje, pulsión y physis”, en un extremo, y una “falta en ser” y silencio de “lo real”, en el otro extremo. Porque nunca *hay Uno*: la “comunidad” está en lo común, que siempre está partido (Nancy y Bailly, *La comparecencia*, 2007), nunca es en lo Uno (salvo en su *reducción hegemónica*; la que piensa Occidente como “comunidad”). Todo dualismo y dialéctica ya es signo de *reducción lógica*, a Lógica; la *conversación-interacción comunitaria territorial* nunca es coincidente y siempre es *excesiva, multiangular*: en ella siempre escapa el sentido, abriendo, *refractando dones y afectos no moralizados*, teje *encuentros en tramas territoriales*. Ciertamente, una *comunidad territorial* nunca es “universal” monológica (741) y siempre es *contingente en medio de la contingencia*; por eso siempre hay *comunidades territoriales*, siempre una (y una más, más de una), nunca Una; siempre una más, pero una, allí, que está abierta, inconclusa, in-total en su número, nunca el (cierre del) “uno”.

Me pregunto si lo “pre-ontológico” y la “falta/falla-en-ser” no nombran aún al Ser (como es elocuente, y como parece convertirse en el trágico destino de todo decir del / en el Lógos: su insuficiencia crónica, su imposible verdad, su mentira); y me pregunto si la *comunidad territorial*, más bien, *hace-sentido por fuera de la lengua del Ser*. Lo que extraordinariamente encuentro enunciado en *El conflicto de la vida*:

“no es desde el Ser, sino desde el Sur” (Leff 2021: 383).

No puedo sino tomar la mano en amistad de esta búsqueda, Enrique, en la cual encuentro, como por ráfagas, vientos que nos impulsan a ambos. Lo cual me llena de una alegría inmensa y gratitud, y aumenta el estupor por el inmenso desafío, del cual ni tú ni (mucho menos) yo somos ni depositarios ni adalides, sino meros transeúntes de este maravilloso universo/pluriverso que nos acoge, nos lleva y nos guarda. Siento que ese impulso, esa ciclónea estelar, nos ha encontrado desde esquinas esquivas del planeta, nos allega a *comunidades territoriales Sur*, ¡de las que aprendemos tanto!, y nos sintoniza/semantiza/imanta hacia el eje ambiental perdido, y dolidos hasta donde

sabemos y no, y esperanzados... que el vertiginoso Occidente es presa de su histórica inercia y el burdo Capital acaba en su soberbia.

*San Fernando del Valle de Catamarca, febrero de 2022.-*